

EL CUENTO DE LOS LIBROS Y LOS LIBROS DEL CUENTO

Isidoro Tapia García.
Inspector de Educación

Los libros sólo tienen valor cuando conducen a la vida y le son útiles. Hermann Hesse

Referencias genéricas: Todas las referencias que utilizan la forma del masculino genérico, deben entenderse con la denominación correspondiente según la condición masculina o femenina de quien se cite

Una amiga, amante de los animales me habla de un relato de Mario Benedetti, en el que una persona quería aprender a ladrar para hablar con los perros y utilizó los libros. Decía Benedetti en su relato que *“fueron años de arduo y pragmático aprendizaje, con lapsos de desaliento en los que estuvo a punto de desistir. Pero al fin triunfó la perseverancia y Raimundo aprendió a ladrar. No a imitar ladridos, como suelen hacer algunos chistosos o que se creen tales, sino verdaderamente a ladrar. ¿Qué lo había impulsado a ese adiestramiento? Ante sus amigos se autoflagelaba con humor: «La verdad es que ladro por no llorar. Sin embargo, la razón más valedera era su amor casi franciscano hacia sus hermanos perros. Amor es comunicación.*

¿Cómo amar entonces sin comunicarse?

Para Raimundo representó un día de gloria cuando su ladrido fue por fin comprendido por Leo, su hermano perro, y (algo más extraordinario aún) él comprendió el ladrido de Leo. A partir de ese día, Raimundo y Leo se tendían, por lo general en los atardeceres, bajo la glorieta, y dialogaban sobre temas generales. A pesar de su amor por los hermanos perros, Raimundo nunca había imaginado que Leo tuviera una tan sagaz visión del mundo.

Por fin, una tarde se animó a preguntarle, en varios sobrios ladridos: «Dime, Leo, con toda franqueza: ¿qué opinas de mi forma de ladrar?. La respuesta de Leo fue escueta y sincera: «Yo diría que lo haces bastante bien, pero tendrás que mejorar. Cuando ladras, todavía se te nota el acento humano.

Mi amiga me pregunta, comentando este bello relato que nos magnifica las posibilidades de los aprendizajes ¿todo se puede aprender en los libros?

Recuerdo que una vez leí una historia relacionada con la lectura. Hablaba de un hombre que todo lo había aprendido en los libros. El hombre no había salido de su casa. Sus padres le habían enseñado a leer y le habían ido dando libros dónde había aprendido de todo. Había visto con los ojos de otro cómo era el mundo. Había aprendido con la lectura de un libro cómo se comportaban las personas. Había leído cómo tenía que comportarse en las distintas situaciones, al hablar con otra persona, cuando alguien le daba un consejo, cuando alguien le pedía algo. Había leído lo que es el amor. Conocía la existencia de personas de sexo diferente porque lo había leído en una novela. Conocía los sentimientos porque los había leído... todo lo aprendió

en los libros. Cuando sus padres le permitieron salir, o cuando tuvo que salir porque sus padres faltaron, no lo recuerdo bien, al doblar la primera esquina saliendo de su casa se encontró con una situación imprevista. Una persona del otro sexo que le maravilló con su sonrisa le preguntó algo y no supo que contestar. Supo que su corazón le pedía que fuera detrás de ella y no supo dejarse llevar por lo que sentía. Optó por volver a su casa y buscar en un libro como actuar. Sintió que había perdido algo, que tenía sensaciones desconocidas, que todo lo que había leído no le había servido para responder a lo que ansiaba su corazón, que hay algo en la vida cotidiana más rico que lo que puede ofrecer el conocimiento de los libros... Seguimos preguntándonos ¿todo se puede aprender con los libros? ¿Son los libros la guía del aprendizaje?

Cuando descubrimos el placer de la lectura, todos estamos de acuerdo en la necesidad de que ese placer sea compartido, que todos tenemos que tener la posibilidad de gozarlo. Creo que no hay nadie en el mundo de la educación que no esté de acuerdo en la necesidad de que los alumnos y alumnas lean, comprendan lo leído y saboreen la forma de describir las vivencias que tienen los distintos autores pero todos sabemos que los libros nos enseñan una experiencia limitada al punto de vista del autor, que la vida está llena de experiencias diferentes, que no es lo mismo viajar que leer sobre un viaje, que no es lo mismo leer sobre el amor que enamorarse, que la música no se puede entender sin oírla y que siempre nos podemos encontrar con situaciones en las que lo aprendido en la teoría nos puede ayudar a decidir pero no señalar el camino. Un libro siempre es útil si tenemos o desarrollamos espíritu crítico. Nos vamos a referir ahora a otros libros, a los libros de texto y su papel en la educación.

En el mundo de la educación los libros son imprescindibles. Tanto al menos como los maestros, como las profesoras. Con los libros los alumnos aprenden a leer, aprender a conocer aspectos que aún no han vivido, aprenden a conocer que hay mundos diferentes a los que vive, que hay puntos de vista diferentes, que hay distintas opciones personales, que se pueden dar interpretaciones diferentes de un mismo mensaje, que se puede transmitir el conocimiento, que es posible interpretaciones diferentes sobre un mismo fenómeno. Es posible a través de los libros conocer la historia de nuestro país, de nuestra ciudad, pero también es posible conocer cómo unos mismos hechos tienen interpretaciones diferentes. Es posible conocer por qué la manzana cae del árbol y también saber que la manzana va a caer aunque no conozca la ley de la gravedad, y que si un cuerpo no cae no es porque desconozca dicha ley sino porque ésta no ha bastado para explicar todos los fenómenos. Es posible conocer por qué las señoras del siglo XIX necesitaban amplios balcones para poder ver la calle, pero también es posible que conozcamos o no la existencia de otras mujeres que no llevaban vestidos tan amplios y que tenían enormes dificultades para subsistir y llevar adelante su familia. Es posible conocer un relato bellissimo sobre una situación personal, o un poema alabando la muerte, o alabando la vida. Mediante los libros llegamos a sentir la curiosidad necesaria para intentar descubrir lo leído. Mediante los libros aprendemos a soñar. El problema estriba en que con los libros es posible conocer una cosa o no. Es posible conocer una alternativa o no conocerla. Es

posible dirigir el conocimiento o es posible enriquecerlo. Necesitan que alguien dirija el proceso. Otros libros son prescindibles.

Vamos a pensar en un centro educativo imaginario, vamos a suponer que al entrar el niño en el aula el maestro, el profesor, le dice a los alumnos: Vamos a trabajar con Lengua, abrid el libro por la página 20, vamos a leer el primer párrafo, vamos a hacer la actividad 7, vamos a... En matemáticas la profesora, la maestra, le señala la lección 11 la suma. Vamos a leer el primer párrafo y vamos a hacer la actividad 4 que nos ilustrará. ¿Y en historia? Leemos el texto que incluye la lección 18, y realizamos las actividades 3, 5 y 7. Una madre me comentaba la alegría que se llevó su hijo cuando en casa se saltó el orden de las actividades que tenía que realizar y no se le corrigió... ¿Planificar, improvisar? ¿Quién planifica? ¿Hay improvisación planificada?

En ese centro imaginario, en el centro que supuestamente ocurría lo descrito con anterioridad, el niño no permanece aislado. Después llega a casa, se encuentra o no a unos padres con los que pueden intercambiar opiniones, se encuentra o no una casa con una biblioteca donde pueden mirar otros libros, se encuentra o no con acceso a Internet donde pueden encontrar respuestas distintas... No se va a producir lo descrito en el cuento... el alumno, la alumna, siempre van a confrontar sus aprendizajes con su realidad, con sus amigos, con sus compañeros, con sus hermanos, con sus padres, con sus profesores.

El proceso de enseñanza-aprendizaje es la aplicación de las ciencias de la educación, en el que el director del mismo es el maestro, el profesor. Sabiendo los objetivos que se quieren alcanzar este profesional diseña su actuación. Selecciona el método más adecuado, selecciona los materiales de apoyo que va a utilizar, selecciona el ritmo que estima necesario, diseña las actividades en un conjunto de procesos que constituye la planificación. A continuación la lleva a la práctica, analiza los resultados obtenidos, ve si se han producido los aprendizajes que se habían previsto, establece las correcciones necesarias en todos los aspectos (métodos, materiales, actividades) para mejorar los resultados de su acción educativa y de esta manera consigue sus objetivos, consigue que la mayor parte de sus alumnos adquieran las competencias requeridas y detecta las dificultades que pueden haber tenido algunos de ellos para los que ha tenido que diseñar una línea de actuación diferente porque todos tienen que ser capaces de desarrollar el potencial que todo ser humano encierra. El maestro, el profesor, es el director de este proceso. Es el encargado de decidir. Ha decidido en la planificación la secuencia a emprender. Ha seleccionado los métodos a utilizar para llevarla a cabo. Ha decidido qué actividades va a realizar para conseguir los objetivos propuestos. Le corresponde decidir qué tiempo se dedica a cada actividad, qué lectura le corresponde hacer, qué otra opinión es necesario que conozca el alumno y alumna para complementar los puntos de vista sobre un aspecto concreto. Le corresponde analizar donde ha tenido éxito y dónde necesita cambiar para dar respuesta a las necesidades de aprendizaje de todos los alumnos.

¿Está ocurriendo esto en la Escuela, en el Instituto? En nuestro trabajo profesional nos corresponde ver en acción a muchos maestros y maestras, a muchos profesores y profesoras. Estamos observando cada vez más un desplazamiento en las decisiones que le corresponde tomar al profesional. Empezaremos señalando que existen profesionales que son auténticos directores del proceso que se está llevando a cabo en el aula, profesores que no se resignan a actuar lo mismo que lo hicieron sus maestros, que son conscientes de los cambios que se han producido en la sociedad, que los alumnos cada vez aparecen más libres, mas capaces y con más y distintas necesidades y que son capaces de realizar opciones que permiten dar respuesta a esas nuevas necesidades, menos repetitivas y más dirigidas a la adquisición de competencias. Pero por otra parte cada vez más observamos que las decisiones en el proceso de enseñanza-aprendizaje se dejan en manos de las editoriales. Encontramos programaciones facilitadas por éstas y que se personalizan sólo en los datos del centro, profesor y alumnos y no en las decisiones. La selección de material a utilizar está hecha (el libro de texto), las decisiones sobre la secuencia del aprendizaje están tomadas (actividad 4 después de la 3, actividad 13 después de la 12) e incluso sobre las dificultades (actividades de refuerzo) como si todos los alumnos y alumnas con dificultades tuviesen las mismas. Hablamos entonces de otros libros y de su papel. El profesor, el maestro, ha realizado una dejación de sus responsabilidades, las ha dejado en manos ajenas. Si el alumno tiene dificultades será por culpa del libro que no lo entiende. La rutina del método hace que no se distingan los niños y niñas especiales y no se distingan los profesionales especiales. No se aprecian las virtudes ni se distinguen las deficiencias. Este desvío de responsabilidades hace obviar el análisis. Se encuentra con facilidad un responsable y no se profundiza en la búsqueda de las causas. El papel de director del proceso se ha difuminado. El profesor, el maestro, es un aplicador de un proceso diseñado por otros. Se eluden las decisiones, se eluden las responsabilidades. Convertimos al alumno y alumna en muchas ocasiones en un simple ejecutor de acciones. Rellena huecos en el libro o busca resultados que anota en el cuaderno. Las lecturas ya están decididas, los problemas, las actividades, la secuencia, también. Se ha conseguido el milagro de homogeneizar el trabajo de todos de alumnos, de profesores. Se ha conseguido el resultado de que el alumno no desarrolle sus competencias. Cada vez más esas competencias las adquiere fuera de la escuela. Lo que ésta le enseña puede ser mera rutina.

¿Hay alternativa? Naturalmente. Recuperar el placer de ser directores y directoras de uno de los procesos más ilusionantes que puede abordar el ser humano. Dirigir el aprendizaje de un alumno o una alumna. Ser capaz de decidir los métodos a usar, las actividades de trabajo, el ritmo de las mismas, utilizar el libro de texto sólo como apoyo de un proceso. Ser capaz de decidir qué lectura es más importante en un momento dado para ampliar su punto de vista, para incrementar su capacidad de decidir, ser capaz de decidir sobre la importancia de un método, sobre qué es más necesario que alumnos y alumnas asimilen, ser capaz de dar relativa importancia a un conocimiento concreto en aras de uno superior, la capacidad de decidir, de pensar por su cuenta, de decidir sobre la secuencia de actividades, de

adaptársela a un alumno o alumna. Cuando dirigimos el aprendizaje hacia la búsqueda de la autonomía, de la creación, de incrementar la capacidad de decidir del alumnado.

Éste apreciará su desarrollo.

Es posible utilizar el aprendizaje hasta para aprender a ladrar (aunque nos salga con acento humano) o es posible reproducir esquemas, simular que aprendemos y dejar que todo ocurra sin la dirección del profesional.

Gabriel Celaya escribió dos poemas dedicados al mundo educativo muy diferentes. Uno que llama biografía en el que relata diversas situaciones que ha vivido en su aprendizaje:

No cojas la cuchara con la mano izquierda.

No pongas los codos en la mesa.

Dobla bien la servilleta.

Eso, para empezar.

Extraiga la raíz cuadrada de tres mil trescientos trece.

¿Dónde está Tanganika? ¿Qué año nació Cervantes?

Le pondré un cero en conducta si habla con su compañero.

Eso, para seguir.

¿Le parece a usted correcto que un ingeniero haga versos?

La cultura es un adorno y el negocio es el negocio.

Si sigues con esa chica te cerraremos las puertas.

Eso, para vivir.

No seas tan loco. Sé educado. Sé correcto.

No bebas. No fumes. No tosas. No respires.

¡Ay, sí, no respirar! Dar el no a todos los nos.

Y descansar: morir.

Otro muy diferente en el que habla de educar y dice:

"Educar es lo mismo

que poner un motor a una barca...

hay que medir, pensar, equilibrar...

... y poner todo en marcha.

Pero para eso,

uno tiene que llevar en el alma

un poco de marino...

un poco de pirata...

un poco de poeta...

y un kilo y medio de paciencia concentrada.

Pero es consolador soñar

mientras uno trabaja,

que ese barco, ese niño

irá muy lejos por el agua.

*Soñar que ese navío
llevará nuestra carga de palabras
hacia puertos distantes, hacia islas lejanas.
Soñar que cuando un día
esté durmiendo nuestra propia barca,
en barcos nuevos seguirá
nuestra bandera enarbolada."*

Un buen maestro, una buena profesora siempre será capaz de recordar no sólo la cara, el nombre de los alumnos y las alumnas a las que enseñó. Recordará también sus habilidades, sus torpezas, porque habrá entrado dentro de la persona que hay detrás de esa cara sentada en el pupitre. Todos necesitamos el trato personalizado, agradecemos una mirada con cariño, una sonrisa cómplice, una corrección que nos impida futuros fracasos, los niños lo agradecerán cuando ya adultos lo confronten con sus experiencias personales.

Terminando esta reflexión una amiga me manda un artículo publicado en el País del 18 de Agosto, donde Aurora Intxausti relata la historia de un maestro (Luis Humberto Soriano) que, ante los escasos éxitos que como profesor cosechaba entre sus alumnos decidió investigar a qué se debía su fracaso. Descubrió entonces que los niños no podían hacer en muchas ocasiones sus deberes porque los únicos libros que habían visto en su vida eran los que él les mostraba.

Supo entonces que tenía que buscar alguna fórmula para subsanar el problema. Se acordó del viejo burro que dormitaba en las cuadras de la casa de labranza de sus padres y pensó que si llenaba de libros sus alforjas y las subía a las veredas del departamento de la Magdalena durante los fines de semana descubriría a los niños un mundo estupendo.

Dice "Ahora tenemos 22 burros que recorren las veredas ofreciendo un mundo de palabras escritas. Un mundo que permite a los niños traspasar las montañas en las que habitan y volar a través de las letras. En mi casa las camas ya no tienen patas. Las sostienen los libros que llevo los fines de semana a los cientos de habitantes que se acercan a las bibliotecas de cuatro patas".

Creo que todos los que trabajamos en educación preferimos que se nos recuerde haber sido un poco de marino, un poco de pirata, un poco de poeta y que de esa forma en barcos nuevos seguirá nuestra bandera enarbolada. En nuestras manos está. La piedra está sobre nuestro tejado. No es necesario carecer de medios como el maestro Luis Humberto Soriano para tener imaginación.

Cádiz, agosto de 2009